

AC 12 80

La heroína de Chénier no es prisionera de una celda que custodian esbirros. Lo sería igualmente en el aire placentero de los jardines que rodean su mansión acostumbrada. Es cautiva de su propio planteamiento vital.

No se ha abierto a la verdad que la vida contiene. Ni siquiera la persigue. La antítesis, juventud-madurez, está portentosamente tratada por seños en su obra.

Y así, jocosamente, dice en un aforismo. Cada cual nace de una edad, que luego conserva toda la vida. A este, ya de niño, cuando jugaba a teatros, no le dieron sino papeles de barba.

Este otro padece, durante medio siglo, de una adolescencia incurable. Y luego... La vejez tiene todavía dignidad. Puede ofrecer belleza.

En la juventud todo puede pasar con ligereza. En la ancianidad, todo puede llegar a soportarse con dulzura. Mal puente, para todo lo que no es grave, el puente que une y que separa juventud y ancianidad.

Todavía añade... Las maneras de envejecer más usuales son tres. El olvido, la melancolía y la irritación. Hay muchas otras, pero reservadas a los grandes espíritus.

Hay la de las Zeta y del Santo, a quienes la proximidad de la muerte puede colmar de alegría y de impaciencia. La del fino Epicúreo indolente, que siente como una voluptuosidad delicada la eliminación, traída por los años, de algunos de los motivos de la humana preocupación. Y la del ambicioso espiritual, escultor de su alma, que en el trabajo de llevarla lo más cerca posible a la perfección, se complace como un artista magnífico en el avance e incremento de la infinita tarea.

Para estos últimos, y en réplica a la dulce elegía del poeta Rubén Darío al despedirse en un famoso poema de la juventud divino tesoro, fueron escritos otros versos donde la tragedia del tiempo es no sólo superada, sino sublimada, con altiva magnanimidad. Madurez, divino tesoro, ya te acercas para quedar. Emergerá de ti mi estatua como una recife del mar.

Pero no, quien me trabaja es un invisible escultor con el pulgar de la doctrina, con el cuchillo del dolor. Ahora llego de mediodía, él ha dado un paso atrás, mira y sonríe. Está contento y ya no me retoca más.

Dicho su artista mi destino, si fijar pudiera su afán, desafío al tiempo que fluye un contorno. Esta olímpica manera, la más clásica, es aquella que aspiran cuando sienten sinceramente, con la primacía de la obra sobre el hombre, una vocación de eternidad. En este mismo sentido dice además.

Llegar a la madurez significa dejar diseñada y casi fija la propia sobreconciencia, terminar el modelo de la propia estatua, libertar el ángel de la propia persona. Desprendiéndolo de la

confusión turbia de elementos que significan el periodo de ensayo y retoque, es decir, la juventud. Hemos dicho al principio del análisis que el propio Xenius va haciéndonos de su obra, que las más hermosas lecciones nos la va a dar por boca de la muerte, protagonista del diálogo y protagonista de la vida misma.

De ahí que nosotros le dejemos ahora a solas con su cautiva, a la que irá llevando con ternura, muy paso a paso, haciéndola de la mano en conversación estremecedora y estremecida, poco a poco lupinosa, abierta cada vez más a la claridad dialéctica. La cautiva aprende la lección, muy insegura al principio, más decidida luego, triunfante hacia el final, no vencida, convencida y consiguientemente libre. Xenius calca al principio su razonamiento en el soberano diálogo del deber.

La muerte no es aniquilamiento, sino anhelo misterioso que se agita en el fondo de nuestro ser, que es inmortal. Pero luego se despegas Xenius de lo ahí escrito y en raptos de ingravidez, que es imperativo de creencia, vence su zoológica limitación y remonta el mar y el aire y enfrenta lo incongnoscible. Había dicho, la inteligencia aleja la muerte, ser racional es un buen negocio vital.

La muerte es engaño, alucinación. La inteligencia, el espíritu no pueden morir porque están por encima de la vida y del tiempo. Ahora dice más, ahora dialógicamente describe el convite del empirio, que es el banquete de las esencias donde los convidados están presididos por el supremo amor y nos habla de la eterna fiesta de la luz beatífica en donde existen inmortales los que nunca murieron.

Los poetas y los hijos de los poetas y las almas importales de las cosas. En una palabra, los que supieron llevar a cabo la obra bien hecha, la obra del amor. No se puede filosofar al margen de la vida porque resultaría un pensamiento muerto.

Tampoco puede vivirse sin saturación de pensamiento, de pensamiento dialéctico, de diálogo, porque esa vida sería mutilada, lesionaría el humano espíritu que es unidad creadora. En consonancia, la filosofía es una manera de vivir, filosofía es extraer la eternidad de la sustancia del momento. Xenius, fiel a su quehacer filosófico, extrajo de cada momento su contenido eterno y fue su vida diálogo dulce y sabroso con esa meta última y primera, principio de verdadera vida que llamamos muerte, interlocutora sabrosa de todos sus días, ángel fiel y confidente íntima, amante bien conocida y anhelantemente esperada, tan suya mente poseída que se atreve a plasmarla como los medievales plasmaban sus miniaturas sin omitir detalle.

La muerte, su propia muerte, se hace arquetipo eterno. Así la describe Xenius en el epílogo de La verdadera historia de Lidia de Cadaqués. El cielo frío tiene alguna cosa de cámara acristalada, de acuario, de salón de espejos, de observatorio astronómico, de museo de fósiles, de mariposas o de pequeñas antigüedades etruscas en vitrinas.

Coros de ángeles allí resuenan, pero no son vistos. Llegan las voces por refracción. Al pie de una gran pizarra azul y como para constituir un tribunal de examen, Platón, Plotino y Orígenes

sentábanse en sendas cátedras.

Tenían delante una mesa de alabastro y unos bancos de cristal de roca. No fue empero a esta aula donde se fue conducida Lidia de Cadaqués aquel día, el que subsiguió al de su muerte, sino a otro aposento que estaba vacío. Allí se quedó esperando gran trecho.

Por una ventana sin postigos se veían moverse los astros, como en el dispositivo que tiene para su recreo el sumo pontífice y que recibe el nombre de espécula vaticana. Al fin, por una puerta giratoria que en el fondo se abría, entró en el lugar Senius. Cuando la tal puerta tenía orientada hacia el salón, la sección que dio paso a Senius podía oírse los coros de los ángeles.

Cuando lo abierto era la sección contraria, no. La discontinuidad es el instrumento de la inteligencia. ¿Cómo vio Senius a Lidia a la hora de este final y supremo encuentro? Como la primera vez al pedirle hospedaje.

¿Cómo vio a Senius Lidia? Como la última vez en la ascensión a San Pedro de Roda. No había, después de todo, tantas versiones entre las cuales escoger. Se adelantó el uno hacia el otro.

Los dos sonreían. Un nimbo de luz rodeaba a cada uno de pies a cabeza. En un momento dado se fundieron los nimbos.

Pero no se tocaron los cuerpos. Filmeu exclamó en catalán Lidia que todavía conservaba algo del calor terreno. Paz madrina fue la contestación de Senius.

Sin abrazarse ni nada. Subtítulos realizados por la comunidad de Amara.org